

doctrinas que profesaban. La una fué Hipatia, desgraciadamente pagana, hija del matemático Teón, de belleza seductora, de ciencia profunda, de fascinadora elocuencia, que virtió inútilmente su sangre defendiendo sus errores, haciendo la guerra hasta el último instante al patriarca San Cirilo y á la Religión de Jesucristo. La otra fué Catarina, de hermosura deslumbradora, con los atractivos que da la virginidad, con la facundia que infunde el Divino Espíritu, con la constancia que caracteriza al mártir cristiano, con la doble corona que á la santidad añaden la ciencia y la grandeza. De su martirio voy á tratar por un momento, siguiendo en todo al historiador griego Simeón Logotheta, apellidado comunmente Metafraste.

II

Acababa de terminar el Siglo III de nuestra era, y el sexto desde la fundación de Alejandría, cuando en uno de sus palacios brillaba hermosa joven, que vivía rodeada de numeroso séquito de damas, y cuyas puertas se abrían á todas horas á los sabios retóricos, filósofos y matemáticos en que abundaba la ciudad, y á los más doctos entre los sacerdotes cristianos que la ilustraban. Era la princesa *Ecaterina*, ó como después se le ha llamado, Catarina. Que su prosapia era regia, como asegura su biógrafo, nos lo demuestran la facilidad con que penetró, cuando fué tiempo, hasta el Emperador, ya en el templo, ya en su propio palacio; las consideraciones que éste le guardó, aun al perseguirla y martirizarla, la visita que la Emperatriz le hizo en su prisión, y los respetos de que allí la rodearon guardias y verdugos.

Contaba unos diez y ocho años de edad, y ya había estudiado todas las Sagradas Escrituras y toda la filosofía de Platón, sirviendo de base á estos estudios el de los poetas trágicos, épicos y líricos de la Grecia, y el de los mejores retóricos y gramáticos. ¡Una Virgen cristiana estudiando á Homero y á Sófocles, á Anacreon-

te y á Orfeo! ¡Una princesa empapándose en las sutilezas platónicas! ¿No le valiera más ejercitarse en hilar y tejer y bordar, y en repasar las Actas de los recientes mártires de Roma, por si le llegaba su turno en esa época de persecuciones? ¡Buenas armas para defender la religión eran, por cierto, las tragedias y las teogonías de los autores paganos!

Así exclamarían de seguro no pocos de aquella época, como hacen ahora los enemigos de los estudios serios, sin considerar que la Divina Providencia suscitó á los autores clásicos, para que en todas épocas formen el entendimiento y preparen el ánimo á las luchas gloriosas en defensa de más altos principios, de ideales más sublimes. No pasó mucho tiempo sin que tuviera Catarina que esgrimir contra los sofistas paganos las armas que los mismos autores gentiles le habían suministrado desde sus primeros años.

Imperaban contemporáneamente, Majencio en el Occidente, y en el Oriente Maximino, teniendo éste su sede en Alejandría. Ya fuese por verdadera piedad, ya por hipocresía, ya por hacerse popular en una ciudad tan amante de espectáculos y fiestas de todo género, decretó solemnes sacrificios á los falsos dioses, en acción de gracias por los beneficios recibidos. La historia nos ha conservado su pomposo edicto. Nos quedan igualmente las descripciones de aquellas suntuosas hecatombes, de aquellas *pompas*, ó triunfos, ó procesiones, en que víctimas y sacerdotes recorrían coronados las calles y las plazas, y penetraban en los

templos, que obscurecían el humo del incienso y el vapor de la sangre de los innumerables animales inmolidos en honor de los falsos Númenes.

En una de estas solemnísimas funciones, presidida por el mismo Maximino, se presenta la virgen Catarina, seguida de sus numerosas doncellas, sin vanos alardes ni provocaciones, sin romper ídolos ni insultar á sacerdotes; pero con paso firme y majestuoso, que sugiere á los paganos que la contemplan, la idea de que es alguna diosa bajada á la tierra. Sin vacilar, como quien tiene conciencia de su derecho, se acerca al Emperador, y con sólidos argumentos y florido lenguaje trata de persuadirlo que ponga término á esos vanos sacrificios, y reconozca al verdadero Dios. No era Maximino de la raza de los Tolomeos. Las Musas eran para él extranjeras, y no cultivaba más filosofía que la de las armas. Comprendió que no podía luchar con aquella sabia princesa, y aplazó la discusión para otro día en que hubiera podido reunir á los sabios más ilustres de aquella porción del Imperio.

Cincuenta sofistas acudieron á su llamado. «Tendréis que argumentar con un nuevo Platón en traje femenino, y con la seducción de la belleza,» dijo á los filósofos Maximino. Ellos, no obstante, acudieron seguros de la victoria, fiados en su sexo, su saber y su número.

Espléndido debe haber sido el espectáculo de una pública discusión en una ciudad de doctos, como Alejandría, en que las escuelas abundaban en cada calle, en que las tradiciones del *Museo* de los Tolomeos se con-

servaban vivas, en que hasta el pueblo entendía de letras, y los que allí pasaban por ignorantes habrían sido maestros en poblaciones menos cultas. Tenía la presidencia el Emperador. Además de los cincuenta contendientes, se había congregado allí la flor y nata de la escuela cristiana y de la escuela neo-platónica. Allí estaban confundidos entre el pueblo el Patriarca y los sacerdotes y los monjes de Nitria, invocando en silencio al Divino Espíritu; allí estaban en lugar de distinción los matemáticos, y los astrónomos, y los filólogos paganos, implorando en alta voz el favor de Minerva.

Venid los que afirmáis que para nada sirve el estudio de los clásicos, los que quisierais desterrar de las escuelas á los poetas y filósofos de la antigua Grecia. Oid cómo con argumentos sacados de Homero y de Hesíodo y de Platón, tratan los sofistas de persuadir á Catarina á que adore á los dioses helénicos, y ved cómo con textos sacados del mismo Homero, y de Orfeo, y de Sófocles, y del propio Platón, prueba Catarina la existencia de un solo Dios verdadero, y hace enmudecer á los sofistas. Admirad esa elegancia de lenguaje y esa fuerza de raciocinio, que no puede adquirirse sin el largo estudio de los poetas, los dialécticos y los oradores.

¿Es auténtico el discurso que pone Metafraste en boca de la Santa, ó es como esas arengas que nuestro Solís hace pronunciar á los guerreros aztecas, ó Tito Livio á los héroes de Roma y Cartago? Yo creo lo primero, Señores. Alejandría, observaré una vez más,

era una vasta escuela, donde todos estaban acostumbrados á escribir al dictado las lecciones de los grandes maestros, y á tomar al vuelo las sentencias de los insignes oradores. De seguro que monjes cristianos y escribas gentiles trabajaron asiduos con su acerado estilo, y grabaron velozmente en la blanda cera las palabras de la elocuente virgen y de sus no menos fecundos adversarios. De seguro que se trasladaron las inspiradas frases á indestructibles pergaminos, y transmitiéndose de generación en generación, llegaron hasta el escritor Constantinopolitano que los legó á la posteridad en indelebles caracteres.

El Señor ha prometido su ayuda al estudio humano: *posside sapientiam et corona inclyta proteget te.* Á la sabiduría de Catarina, adquirida en largos años de constante trabajo, añadió el Divino Espíritu su santa inspiración; y aquellos cincuenta filósofos no sólo se declararon paladinamente vencidos, sino que confesaron á Cristo y pidieron á voces el bautismo. Sólo de fuego lo obtuvieron. La crueldad del tirano no dió lugar á que cayera sobre sus cuerpos el agua saludable; y arrojados en inmensa hoguera, dieron su vida por aquel mismo Jesucristo á quien habían venido á combatir.

¡Oh! ¿Por qué de repente se trueca esta escena de civilización y pulcritud en espectáculo de barbarie y de salvaje brutalidad? Cubríos los ojos, amados oyentes. La casta virgen, la regia Princesa, es despojada de sus vestiduras por orden de Maximino, y azotada cruel-

mente en las espaldas y en el pecho, hasta dejarla casi exánime. ¡Bella manera de responder á su sólida dialéctica!

Á los azotes sigue la cárcel y el tormento del hambre. Pero no cuentan los verdugos con que el Señor alimentará de una manera sobrenatural á su casta esposa, y curará milagrosamente sus heridas. No se imaginan que en esa prisión va á alcanzar la mártir triunfos todavía más señalados, como que se deberán únicamente á la gracia divina, sin el auxilio de la elocuencia humana.

Cuenta, en efecto, el elegante hagiógrafo que nos sirve de guía, que la augusta esposa de Maximino quiso visitar á la virgen en su calabozo. Después de la ruidosa disputa, del vencimiento, conversión y martirio de los filósofos, y de la flagelación de la santa, bien podéis imaginaros la curiosidad que habría en la ciudad por mirar siquiera un instante á ese portento de sabiduría, y ver si en la cárcel y en los tormentos se mostraría tan fuerte como en la argumentación. Pero sólo á la Emperatriz fué dado penetrar hasta la oscura mazmorra; sólo á la Emperatriz, escoltada nada menos que por dos centurias de guardias escogidos, al mando inmediato de un aguerrido general, llamado Porfirio. Verla, y quedar avasallada por su belleza sobrehumana y convertida al cristianismo, fué todo uno para la augusta señora. Verla, y quedar él y su legión convertidos en fervientes cristianos, fué obra de un momento en el valiente caudillo. A veces el Señor comunica á

sus siervos una parte de esa gracia irresistible que lo adornaba mientras vivió entre nosotros en carne mortal, é hizo que con una mirada convirtiera á la Magdalena, arrancara lágrimas á Pedro, obligara á Mateo á dejar sus bienes por seguirlo. Completando su obra el Paráclito Espíritu, dió tal fuerza á la Reina y á los soldados, que padecieron el martirio antes aún que Catarina.

Segunda y tercera vez es conducida ésta ante el tribunal del Emperador; pero quien derrotó á los sofistas con su sabiduría confunde á los tiranos con su fortaleza. Es preciso inventar nuevos tormentos con que amedrentarla ó hacerla pedazos. No es empresa difícil en una ciudad donde la mecánica ha hecho tantos progresos; y aun antes de que se soliciten, ofrece sus servicios cierto Prefecto imperial, cuyo nombre execrando ha conservado la historia, pero que es mejor que nosotros releguemos al olvido. Inventa, y hace construir en breves horas, una máquina que sin trabajo puede mover el verdugo, y en la cual, sobre un solo eje, giran cuatro ruedas erizadas de clavos, y cuyas llantas se componen de afiladas hojas de agudísimo acero. Sobre ellas se coloca á la impertérrita virgen. Ase el verdugo el pulido manubrio; calla la multitud esperando ver aquel cuerpo virginal saltar desgarrado en giros; eleva los ojos al cielo Catarina en ferviente oración; cruje la máquina al impulso del asesino; giran las aceradas ruedas, pero, ¡oh milagro! estas son las que vuelan en pedazos hiriendo á muchos de los circuns-

tantes, y cayendo algunos fragmentos aun en las gradas del trono del tirano, mientras el destrozado instrumento deposita blandamente sobre la alfombra á la ileña virgen, como la madre que recuesta á su niño en mullida cuna.

No hay remedio. Tiene que recurrir Maximino á la espada, y manda decapitar á Catarina. ¡Pobre virgen! Aunque tu alma vuele á las regiones celestiales, ¿qué será de tu cuerpo en poder de los enfurecidos tiranos? ¡Qué ultrajes, qué befas, qué escarnios le esperan! Ruega, ruega al Señor que hizo crecer los cabellos de Inés y cubrió á Eulalia con sábana de nieve, que te liberte de las garras de esos buitres carniceros, ó siquiera esconda tu cuerpo de su lúbrica mirada.

¡Ah, sí! Al segregar la espada su cabeza del purísimo tronco, continúan sus labios moviéndose en ferviente plegaria, y aunque la sangre corre á torrentes, ni el verdugo ni los espectadores pueden ver dónde ha caído su exánime cuerpo. ¡Levantad los ojos, paganos! Vedla suavemente reclinada en brazos de los ángeles que han venido á librarla de vuestras manos, y elevarse rápidamente por los aires, hasta que desaparece por el Oriente. ¿A dónde, á dónde han ido á depositarla? Lejos, muy lejos se encontrará más tarde aquel cuerpo bendito. Allá en la cumbre del Monte Sinaí lo han tendido en su lecho mortuorio los espíritus angélicos, y los hombres le construirán mausoleo soberbio, espléndido templo, que aun los infieles respetarán.

Tal es vuestra patrona, habitantes de Río Verde. Si

conquistó la corona del martirio, fué porque cumplió con las órdenes de la divina Providencia, de adquirir la sabiduría: *Posside sapientiam et inclita corona proteget te*. Si queremos también nosotros conquistar ínclita diadema, es preciso que nos esforcemos por adquirir la sabiduría. Aunque no todos habéis de ser doctores en la Iglesia de Dios (*numquid omnes doctores?* dice San Pablo), á todos toca, aun á los más humildes, estudiar la sublime doctrina de Jesucristo, y cuanto sea necesario para defenderla de los ataques de la impiedad y de la herejía.

A una clase en especial ha encomendado el Señor la defensa de su Iglesia y de su purísima doctrina. Al sacerdote dice, como á Catarina, *posside sapientiam*, y es fuerza que el que aspire á ser ministro del Altísimo, se contente no sólo con las letras divinas, sino que se aplique con toda su alma á la adquisición de las letras humanas, base y fundamento de aquéllas. El enemigo de las almas, hoy más que nunca está haciendo inauditos esfuerzos para arrebatárselas, esperando debilitar así á los atletas de Jesucristo, destruir su prestigio, disminuir su número, menguar su valor, y facilitar de este modo el triunfo del Infierno.

¡Oh, Catarina, protectora de los altos estudios, patrona de cuantos se dedican á las letras y á las ciencias! Protege á mi clero y á mi pueblo. Haz que todos amen, como tú, la sabiduría, que todos la adquieran como tú, y que todos alcancen inmortal corona, como la que ciñe tus sienas. Así sea.